

decir la verdad, estúpido, con tal perfeccion ó perseverancia que nadie ni en la ciudad ni en la corte le llamaba mas que *Brutus*, esto es, el *idiota*, el *bruto* como decimos en castellano. — Así pues al elegirle para acompañar á sus hijos hizolo no por consideracion al elegido, sino para que los Príncipes tuviesen solaz y entretenimiento en su larga jornada por tierras y mares para ellos desconocidos.

Segun el rito y costumbre establecidos entonces proveyéronse los peregrinos todos de dones que ofrecer al oráculo, ó mas bien á los sacerdotes que hablar le hacian : pero mientras los dos Príncipes se proveian de tripodes y bandejas de bronce, Bruto se contentaba con llevar un baston de cerezo silvestre por su propia mano cortado. Verdad es que en secreto abrió un taladro en toda la longitud del palo, y llenó de oro el hueco, haciendo de su baston el símbolo de su ilustre espíritu, por groseras formas encubierto.

Llegados á Delfos los tres mancebos ofrecieron sus dones respectivamente al oráculo é interrogáronle después al tenor de lo que Tarquino les habia prescrito, sin que la historia nos diga ni lo que preguntaron ni lo que les fué respondido. Refiérenos en cambio que, curiosos de su propia suerte les regios mensajeros, y preguntándole al oráculo á quién de ellos cabria en suerte el *poder soberano*, respondióles de esta manera :

« Al primero de vosotros que besare á su madre. »

Con esto regresó la embajada á Roma, y precisamente al pisar los límites de su naciente imperio, tropezando Bruto en una piedra, cayó ó dejóse caer, aprovechando la ocasion de besar antes que ninguno el suelo de la patria su madre comun ; porque solo él, *Bruto*, habia penetrado el misterioso sentido de la respuesta del Númen.

Favorable, en suma, debió de mostrarse el oráculo á Tarquino pues que al regreso de sus dos hijos mayores emprendió inmediatamente la guerra contra los Rútulos, asediándolos en la ciudad de Ardea. Mas como la plaza era fuerte, y el campo mandado por los Príncipes mas era teatro de orgías que de belicosa actividad, hizose crónico el sitio, como fácilmente se colige de los antecedentes.

Cenaban cierta noche en la tienda de Sexto, sus hermanos y los demás guerreros de cuenta del ejército, entre los cuales *Colatino*, así llamado por haber sido su padre, Egenio, gobernador en otro tiempo de la ciudad y territorio de *Colacia* en el país latino; y recayendo la conversacion sobre el mérito de sus respectivas esposas, cada cual como de razon sostuvo la superioridad de la propia, degenerando pronto la discusion en acalorada disputa.

« ¡Por Jupiter! — exclamo Colatino — ¿A qué tanto hablar? Jóvenes somos y vigorosos; á muy contadas leguas estamos de Roma: montemos pues á caballo en el instante, y presentándonos de improviso en nuestras casas, veamos en qué se ocupa la muger de cada uno. La que mas honradamente lo haga, esa merece la palma!

— ¡Partamos! — gritaron á uno todos aquellos jóvenes; y una hora después estaban en Roma.

Unos encontraron á sus mugeres bailando, otros adornándose, este cantando, el otro ociosa : ninguno en lo que vulgarmente se llama malos pasos. Llenos de gozo los Príncipes reclamaban ya el premio para sus consortes, cuando Colatino les dijo :

— Poco á poco : vuestras esposas no hacen nada malo : pero veamos antes de fallar el pleito lo que hace Lucrecia. »

No hubo medio de negarse : la alegre tropa montando de nuevo á caballo, galopó en efecto hasta *Colacia*, y aunque allá llegaron ya muy adelantada la noche, encontraron á Lucrecia en medio de sus criadas, hilando con ellas la lana destinada á tejer los vestidos de su esposo.

Lucrecia pues fué con justicia reconocida y aclamada unánimemente como la mas bella y la mas virtuosa de las romanas Princesas; y ella por su parte gozosa con la inesperada vuelta de un marido á quien tiernamente amaba, no solo se mostró con él castamente enamorada, sino con sus compañeros amable y hospitalaria instándoles á restaurar las fuerzas en improvisado banquete. A las cuatro de la mañana la alegre tropa volvió á montar á caballo regresando al campamento : pero desdichadamente la belleza de Lucrecia habia encendido la mas impúdica violenta llama en el pecho de Sexto, el digno Benjamin de Tarquino el Soberbio, el que



tan bien descifraba los apólogos paternos, y tan hábilmente cortaba las cabezas de sus mas fieles servidores.

Una noche Sexto, sin mas compañía que la de un esclavo, y ocultándose de todos, deja los reales, cabalga la vuelta de Colacia en alas del deseo, preséntase en casa de Lucrecia como quien lleva nuevas del amado esposo; y es por la ilustre sencilla matrona recibido como cumple al hijo predilecto del Rey, al pariente, y al amigo, con la mas cordial hospitalidad.

Durante la cena el pérfido mancebo conserva intacta su máscara; ni una palabra de amor, ni una mirada de deseo le hacen traicion. Llega la hora del reposo y Sexto ocupa tranquilamente el cuarto á los huéspedes destinado: pero así que calcula que ya todos en la casa están en el primer sueño sepultados, salta del lecho, viste una ligera túnica, toma su espada debajo del brazo, y con cautelosa planta llega á la estancia de Lucrecia, que la confianza en su virtud, y la fe en las leyes de la hospitalidad, la han hecho dejar franca á los designios del traidor infame.

Dormia la hermosa y casta matrona, bajo el seguro de su inocencia, medio desnuda: Sexto profana, para empezar su crimen, aquel generoso pecho con el contacto de su impura mano; y la esposa de Colatino, despertando despavorida, puede apenas creer á sus ojos que la incierta luz de la nocturna lámpara le muestran un hombre de pié á la cabecera de su cama. ¿Sueña, ó es en efecto su huésped, el hijo de Tarquino el que está viendo? Quiere hablar, y la voz se niega á servirla: Sexto anticipándose á un nuevo esfuerzo y témeroso de que su víctima pida socorro, prorrumpe diciendo en ronco acento:

— Silencio, Lucrecia: Sexto Tarquino soy; si lanzas un grito, si profieres una palabra, eres muerta!

Quiere Lucrecia incorporarse: pero la punta de la espada del villano se lo estorba; y Sexto prosigue:

— Escucha: yo te amo; sé que eres casta; sé que me resistirás; sé que prefieres morir á rendirte; mas con todo eso, óyeme. No es la muerte sola la que te amenaza, sino la deshonor: si te me resistes y me veo obligado á matarte, mato en seguida al mas jóven y bello de tus esclavos, pongo su desnudo cadáver en tus brazos, y digo que habiéndote con

él sorprendido en adulterio, os castigué á entrambos con la muerte vengando el honor de Colatino, mi primo y mi amigo.»

En vano Lucrecia ruega, implora, discute, se revuelve desesperada en el infernal férreo lazo en que ha caído: Sexto, inexorable como la Fatalidad, le hace ver siempre y con evidencia que resistirse es morir; morir, quedar para siempre deshonorada.

Triunfó la iniquidad por el momento: Lucrecia ha cedido, si bien resuelta á ser en su desdicha ejemplo de virtud á los futuros siglos; y el infame forzador deja al rayar el alba el tálamo á que la mas brutal y villana de las violencias pudo sola darle acceso.

En pos de Sexto despacha Lucrecia dos mensajeros, uno á Roma en busca de su padre; otro al campamento de Ardea llamando á su marido; á entrambos previene que cada cual lleve en su compañía un amigo de confianza.

Con Lucrecio en efecto llegó á Colacia Publio Valerio, hijo de Voleso; con Colatino, Lucio Junio Bruto que por casualidad estaba con él cuando recibió el mensaje. Casualidades como aquella, los dioses las ordenan.

Lucrecio y Publio Valerio llegaron antes que Colatino y Bruto, mas conforme á lo que Lucrecia tenia ordenado, nadie la vió hasta que ya juntos los cuatro, fueron en su estancia simultáneamente introducidos.

Al contemplarla pálida y llorosa, Colatino alarmado, acércasele y tendiendo la mano le dice:

— Estás bien, supongo.

— No, contesta Lucrecia, no. ¿Qué bien cabe en muger que ha perdido su honra? Colatino: la huella del cuerpo de un extraño infama tu tálamo: pero si mi cuerpo está mancillado, mi alma es pura, como lo probará mi muerte!

— ¡Tu muerte!

— Sí; mi muerte: pero dadme vuestra palabra, empeñadme vuestra honra, en fe de que no quedará impune el infame adúltero.»

Los cuatro atónitos oyentes tendieron á un tiempo enérgicamente las diestras en señal de juramento.



— Pues bien, — prosiguió diciendo Lucrecia; — Sexto Tarquino es quien ocultando el enemigo bajo la máscara del huésped, ha penetrado la noche última en mi hogar, en mi estancia, en mi lecho, en busca de placeres que no le serán menos funestos que á mi propia, si es que vosotros en realidad sois hombres! »

Padre y marido, amigo y pariente, todos renovaron en el acto la solemne promesa de vengarla: pero todos tambien con generosa emulacion afanáronse en consolar aquel generoso inconsolable dolor, haciendo ver que la culpa toda era de Sexto, insistiendo en que Lucrecia era simplemente la víctima mientras que aquel el asesino; y esforzándose en probar que no hay flaqueza donde el corazon no ha consentido en ella, donde la violencia irresistible lo hizo todo, y donde en fin la infamia cae exclusivamente sobre quien abusó brutalmente de la fuerza. Suplicas y argumentos, consuelos y racionios, fueron inútiles contra la enérgica resolución de Lucrecia.

— Puesto, les dijo á los que la escuchaban, que en él encontrais la culpa, ved cómo le castigais cumplidamente. En cuanto á mí, si del delito me absuelvo, no quiero eximirme del castigo, ni que haya en lo futuro muger que para sobrevivir á su deshonra, se autorice con el ejemplo de Lucrecia.!

Acabando apenas de pronunciar estas palabras, y sin que á estorbarlo alcanzase la amante desesperada prisa de su esposo y de su padre, clavóse la heroína en el corazon un puñal que bajo el manto tenia oculto.

Lanzaron Colatino y Lucrecio un grito desgarrador de agonía: ella un solo suspiro; porque el hierro le habia partido el corazon por medio. ¡ Con tan segura mano supo herirse!

Inmóviles, mudos, sin fuerza, aniquilados por el dolor, y apoyándose el uno en el otro, contemplan padre y esposo, arrasados en amargo llanto los ojos, el bello y ya inanimado cuerpo de la que fué su hija y consorte; y en tanto Lucio Junio, el loco, el idiota, el bruto, arrojando por vez primera de su vida la máscara de su supuesta demencia, acércase al

heróico cadáver, arranca de él sangriento el puñal que acaba de terminar la vida de Lucrecia, y erguida la cabeza, y destellando genio en la mirada exclama:

— Juro por esta sangre tan noble antes del villano atentado que la hizo correr, y tomo por testigos de mi juramento á los mas altos Dioses; Juro perseguir con el hierro y con el fuego y por cuantos medios pueda á Tarquino el Soberbio, á Tullia su fatal esposa, y á toda su posteridad; y juro no tolerar, mientras yo viva, que ni ellos, ni otros reinen nunca en Roma!

Y concluyendo de hablar Lucio Junio, brinda con el sanguiento acero á Colatino y Lucrecio, que contemplan atónitos al idiota á quien hasta entonces no oyeron nunca dos palabras sensatas, una después de otra, y á quien sin darse crédito á sí propios escuchaban entonces racional, sublime y terrible.

— Jurad! clama Bruto sin curarse de su asombro; jurad! »

Y los antes reputados por cuerdos, ceden al irresistible ascendiente del supuesto loco, cuyo genio comienza á revelarse; y juran como él; y juran repitiendo literalmente sus palabras.

Desde aquel momento Bruto lo dirige todo; Bruto se ha constituido en jefe y cabeza; y los demás sienten que está en su derecho, y le obedecen sumisos.

Puesto sobre unas andas el cadáver de Lucrecia es inmediatamente trasportado por disposicion de Bruto al foro de Colacia. La novedad del trágico espectáculo atrae pronto la muchedumbre; la vista de la sangre que cubre á la hermosa víctima de su honra, mueve los corazones á lástima; los lamentos del padre y del esposo desgarran las almas; el relato del crimen infame de Sexto enciende, en fin, la ira popular, que con voz estridente clama tonante: ¡ A las armas! ¡ á las armas!

Antes de pasada una hora ya quinientos mancebos armados y valerosos rodean el cadáver, blandiendo los aceros: la mitad de ellos queda en custodia de la ciudad, y para impedir que la nueva de la insurreccion no llegue á los oidos de Tarquino; la otra mitad marcha á las órdenes de Bruto sobre Roma.



En el primer momento alarmáronse los Romanos imaginándose víctimas de una sorpresa enemiga; mas pronto viendo al frente de la inesperada hueste á los mas nobles ciudadanos de Colacia y aun de Roma misma, dijéronse que hombres de tal importancia ni obran sin causa, ni deben dejar de ser, cuando menos, oídos.

Lucrecio entonces refiere el crimen, no escuchado en Roma con menos indignacion que en Colacia; un heraldo convoca al pueblo, y Bruto es quien de arreglarle se encarga.

El asombro fué inmenso, el entusiasmo tocó en sus últimos límites, apoderándose de la multitud la idea de que Júpiter obraba en su favor un prodigio, volviéndole á un loco la razon expresamente para que al tirano maldijese.

La asamblea pronuncia en el acto la destitucion de Tarquino, el destierro de sus hijos, el de la infame Tulia, que llena de pavor huye atravesando las calles de Roma en medio de las imprecaciones de hombres y mugeres, que unánimes consagran la hija parricida á las furias vengadoras.

Mientras, Bruto, armando la juventud marcha sobre el campamento, con el propósito de sublevar las tropas que lo componen: pero á su vez Tarquino, advertido ya de la insurreccion, habíase puesto en marcha sobre Roma al frente de una pequeña parte del ejército. Bruto, avisado á tiempo de aquel movimiento, dejó al Rey pasar tranquilamente, y prosiguiendo su marcha hasta los reales fué en ellos acogido con gritos de alegría.

Tarquino, pues, abandonado hasta por sus propios mércenarios tuvo que refugiarse á la Etruria, donde fueron á reunirse con él sus dos hijos mayores, Aruns y Tito. Por lo que hace á Sexto, ocasion de la catástrofe de toda su familia, imaginándose Soberano de Gabio, creyó encontrar refugio en aquella ciudad, pero al verle llegar fugitivo, la memoria de sus rapiñas y matanzas encendió los corazones de los ciudadanos que, haciéndose instrumentos de la justicia de los dioses, inmolaron en su rebelion, al que todo lo habia inmolido á sus feroces pasiones.

— Lucio Tarquino el Soberbio reinó veinticinco años; y Roma al expulsarlo y suprimir la monarquía, conformándose á un proyecto de

Servio Tulio creó dos Cónsules, cargo que obtuvieron por vez primera Lucio Junio Bruto, y Lucio Tarquinio Colatino, realizándose así la prediccion del oráculo de que el poder soberano le tocara en suerte al primero de los tres jóvenes que le interrogaban, que besara á su madre.

Tal es la leyenda de Lucrecia, que tuvo lugar, segun Tito Livio, el año doscientos cuarenta y cuatro de la fundacion de Roma.

ALEJANDRO DUMAS.

